

Natalia Millán Acevedo

Universidad Complutense de Madrid

1. Hegemonías discursivas, disciplinamientos y rupturas del ser en el espacio educativo

Nos encontramos en tiempos de profundas crisis interconectadas y multidimensionales que nos alertan sobre un modelo de desarrollo económico, político, ambiental y social insostenible y desigual que condena a miles de millones de personas a la pobreza, la vulnerabilidad y la exclusión social. Empero, las crisis que atraviesan nuestras sociedades contemporáneas tienen raíces profundas e intersubjetivas sobre la cosmovisión que hemos creado acerca de la naturaleza del mundo en que vivimos y los seres que lo habitan. Como plantean las teorías emancipatorias contemporáneas, el sistema está sostenido estructuralmente por una serie de ideas, visiones, deseos e intereses que sujetan a los seres humanos y construyen la realidad que conocemos. En tal sentido, antes de analizar el daño que el sistema occidental de desarrollo ejerce sobre la naturaleza y las personas, es necesario comprender las narrativas que se instalan en la mente de las personas y que explican y preceden las acciones y políticas públicas.

La cosmovisión occidentalocéntrica patriarcal parte de la base cartesiana de que hay una separación ontológica entre la razón que gobierna los seres humanos y su naturaleza corporal y finita. Así, en los espacios educativos se nos enseña que la mente es la razón última de nuestra humanidad y, por tanto, somos seres independientes y separados de la naturaleza, los animales y, en última instancia, de nuestro propio cuerpo y nuestras emociones. En consecuencia,

la civilización racional occidental ha sido capaz, a través de la ciencia y la tecnología, de imponer su modelo de desarrollo y de interacción social, construyendo un mundo de dominadores que se imponen sobre otras culturas, personas y sociedades.

En concordancia con esta visión antropocéntrica, que pone al ser humano como el ente central y dominante de la esfera de la vida, se imbrican múltiples sistemas de opresión que se expresan en el patriarcado, la colonialidad, el racismo, la heteronormatividad, el capitalismo y el dualismo, por solo mencionar algunos de estos sistemas. En este marco, los centros educativos son espacios de disciplinamiento que, de manera consciente e inconsciente,

reproducen estos sistemas de opresión sobre los seres vulnerables, niegan la integralidad del ser, invisibilizan la violencia naturalizada y ensalzan valores como la productividad, la competencia, la individualidad, la dominación y la aceleración como sinónimos de éxito y estatus social. Estas construcciones racionales y narrativas tienen su correlato en políticas y acciones profundamente violentas que se orientan a colocar en el centro del sistema político la acumulación de capital, invisibilizando los severos impactos ecológicos, políticos y sociales de estos procesos y prácticas humanas.

Ahora bien, estas cimentaciones políticas generan un profundo sufrimiento en las personas que formamos parte de estas sociedades. A diferencia del paradigma cartesiano y dualista que impera en nuestras sociedades, la naturaleza humana es multidimensional, y, al negar las dimensiones corporales,

emocionales y espirituales del ser, se genera un imaginario colectivo que cercena las capacidades de las personas para buscar su evolución personal y construir colectivamente un mundo más humano, justo y pacífico. Se impone la lógica de las mercancías en los espacios comunitarios, promoviendo dinámicas de aceleración, productividad y competencia sobre la subjetividad, las emociones y el cuerpo de las personas.

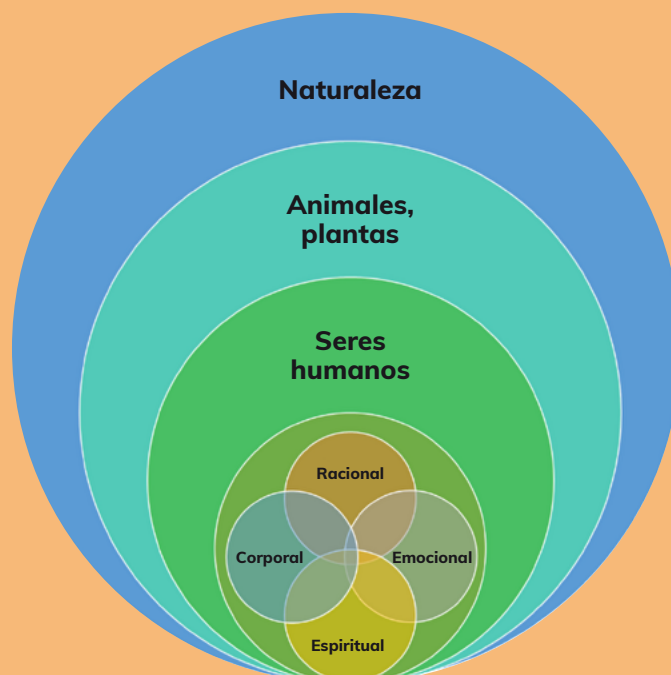
Este breve artículo pretende reflexionar sobre la necesidad de incorporar a los espacios educativos, entre los que se incluye la universidad, una cosmovisión divergente sobre la naturaleza de la vida y el ser, para imaginar propuestas pedagógicas centradas en la integración de las emociones, la sanación personal y la búsqueda de un camino espiritual. Y se hace partiendo de la base de que la visión hegemónica sobre un ser racional, desconectado e individualista es una apuesta política por construir un tipo específico de sociedad que surge de espacios estructurales de poder. En otras palabras, disciplinas como la neurociencia, la física cuántica y las perspectivas evolutivas han demostrado que este paradigma racionalista y competitivo no goza de evidencia empírica y científica que lo avale, por lo que es fácil concluir que la legitimidad de este paradigma radica en su capacidad de imponerse como verdad universal a través

de múltiples herramientas de coacción, seducción y manipulación a lo largo de la historia colonialista, patriarcal y antropocéntrica que se ha construido desde Occidente.

2. Una cosmovisión holística para entender al ser humano

Las tradiciones orientales, el pensamiento decolonial, las filosofías de los pueblos primigenios de América, el Tao y muchas y diversas epistemologías del Sur nos han revelado una cosmovisión totalmente divergente de lo que las sociedades occidentalizadas han arbitrado y promovido en los últimos 500 años de historia colonial. En la historia del saber que aprendemos en la universidad no se contemplan las múltiples y diversas sabidurías emergidas de otras culturas y tradiciones, que se han eliminado, silenciado, demonizado y menospreciado por parte de nuestras sociedades a través de la violencia, la humillación y el expolio. Así, se han generado procesos que Boaventura de Sousa Santos (2016) ha denominado epistemicidios, los cuales son formas modernas de destrucción sistemáticas de sabidurías, visiones y experiencias divergentes del paradigma occidental.

Un ser integrado e interconectado con la naturaleza y el resto de seres que habitan la tierra



En la universidad occidentalizada, que es la que se está analizando en este texto, se impone una práctica pedagógica orientada a analizar la historia, tradiciones, filosofías y experiencias de una cultura específica que se ha impuesto a través de la violencia y el exterminio, y que se presenta bajo un manto de científicidad, legitimidad y universalidad propia de un sistema hegemónico de construcción subjetiva de la realidad. Esta forma de presentar el conocimiento conlleva una visión específica de la naturaleza humana que se ha descrito en el epígrafe anterior y, a mi juicio, impone una desconexión artificial con la naturaleza del ser y un importante proceso de sufrimiento personal.

Las tradiciones filosóficas y espirituales no occidentales nos hablan de un ser multidimensional, que incorpora una dimensión racional, emocional y espiritual y que se conecta con los otros seres a través de estos múltiples espacios de la existencia. En estas perspectivas, mente y cuerpo están profundamente imbricados y el ser se encuentra profundamente interconectado con la naturaleza, los animales y el resto de los seres que habitan este planeta.

La construcción de una comunidad ético/política común, la sanación del cuerpo y la mente, el camino del autoconocimiento y la búsqueda del ser son, por tanto, parte del mismo proceso de emancipación de los seres humanos, y el cultivo de las emociones elevadas, como la compasión, el amor, la gratitud y la bondad, partes fundamentales para encontrar la felicidad y el sentido de la vida. La integración del ser, de sus potencialidades, emociones, virtudes, dolores y carencias estarían en la base de una pedagogía para el amor, como plantea Claudio Naranjo (2013), y la sanación espiritual y personal debiera ser el objetivo básico de cualquier política educativa.

Me gustaría recordar que, como se ha explicado, el hecho de que esta multidimensionalidad no esté contemplada en las pedagogías occidentales no responde a un saber científico superior y empíricamente

contrastado, sino a una apuesta política por construir sociedades capitalistas y aceleradas que no disponen de tiempo ni espacio para contestar las preguntas relacionadas con el sentido de la vida, la búsqueda de la felicidad, la conexión con la naturaleza o el amor hacia uno mismo y hacia la vida. Por el contrario, las sociedades occidentales son profundamente adultocéntricas, que reproducen y normalizan prácticas violentas hacia las niñas y niños que se incorporan a los espacios educativos, donde se les enseña justamente a negar su propia esencia y a buscar el amor, la pertenencia y el reconocimiento en los espacios sociales de estatus y poder que otorgan las sociedades modernas.

No obstante, esta ontología de la ruptura nos ha está llevando a una crisis ecológica sin precedentes

y a la construcción de un sistema violento, autoritario y depredador que provoca el sufrimiento diario de miles de millones de seres que habitan este planeta. La solución de esta crisis demanda mucho más que la reconfiguración de políticas públicas de desarrollo sostenible, como lo plantean las opciones reformistas que se enmarcan en las instituciones multilaterales. Desde la perspectiva de este trabajo, necesitamos deconstruir las narrativas constituyentes sobre la modernidad y la condición humana para trascender hacia una educación y una práctica política orientada a la sanación del cuerpo y del alma, la profundización del autoconocimiento

y a la construcción de una vida en común en resonancia, respeto y armonía con todas las formas de vida que habitan este planeta.

3. Un nuevo paradigma educativo para otra universidad posible

Cambiar las relaciones de poder al interior del aula

Como se ha explicado, uno de los elementos propios de nuestra cultura occidental es que, como individuos, estamos sujetos a una serie de heterarquías que se expresan en relaciones sociales

profundamente delineadas por dinámicas de sujeción, coacción, aceleración, disciplinamiento y violencia estructural que se encuentran en diversas instituciones y espacios de socialización. En la universidad está estipulada una relación profesor/ estudiante mediada por un sistema de poder, donde la figura del docente se erige como un actor que organiza, disciplina, juzga y otorga una serie de conocimientos específicos a personas cuyo rol es el de aprender, estudiar y escuchar. Es profundamente llamativo que este papel se mantenga incólume en tiempos complejos, donde el avance tecnológico permite a las personas acceder a un espacio prácticamente infinito de información y conocimientos.

Desde una perspectiva holística y compleja del ser humano, como aquí se ha expuesto, las estructuras de poder no pueden generar dinámicas de empoderamiento, emancipación, evolución espiritual y construcción de espacios colectivos, y este debiera ser, a juicio de este trabajo, el rol fundamental del espacio educativo. Por ello, la meta sería construir colectivamente un espacio armónico de aprendizaje, cooperación, diálogo, escucha consciente y profundo respeto hacia los seres que emprenden de manera colectiva un camino de aprendizaje. El ideal que podría guiar la acción docente sería el de brindar herramientas que impulsen a las y los estudiantes a asumir su propio camino de autoconocimiento, sanación y realización, integrando las teorías que permiten que cada persona aprenda y comprenda el mundo que lo rodea, las relaciones humanas y políticas desde su propia subjetividad, deseos y esperanzas. Y, si es posible, la educación integradora debiera incorporar las dimensiones emocionales y espirituales del ser, creando un espacio carente de jerarquías y violencias estructurales, donde los estudiantes pudieran expresar sus opiniones con libertad y respeto.

Estudiar las teorías y perspectivas emancipatorias

Como se ha explicado, el espacio académico ostenta diversas relaciones de poder, y los contenidos que se incorporan a los programas universitarios suelen reproducir, de manera más o menos rigurosa, estas

estructuras que disciplinan y moldean las mentes de las y los estudiantes. No obstante, existen, en el marco de la academia, terrenos de conocimientos, teorías, perspectivas y visiones críticas y emancipatorias, como son las teorías feministas, ecosociales, decoloniales o del buen vivir, que incorporan otra cosmovisión y una ontología de un ser integrado a sí mismo y a la naturaleza.

El ideal que podría guiar la acción docente sería el de brindar herramientas que impulsen a las y los estudiantes a asumir su propio camino de autoconocimiento, sanación y realización, integrando las teorías que permiten que cada persona aprenda y comprenda el mundo que lo rodea, las relaciones humanas y políticas desde su propia subjetividad, deseos y esperanzas.

En este sentido, los avances de las ciencias contemporáneas occidentales, como son las neurociencias, la física cuántica o las perspectivas evolutivas, derivan en conclusiones mucho más cercanas a estas epistemologías del sur que al ideal cartesiano, dualista, cientificista y racionalista propio de la construcción de nuestra modernidad. Junto con estas teorías, existen múltiples epistemologías no occidentales, como el taoísmo, el budismo y el sufismo (por solo mencionar algunos ejemplos que podemos conocer), que observan una profunda interconexión entre todos los seres

vivos, colocan la evolución del ser como el centro de las acciones políticas y sociales, alertan de las consecuencias biológicas que tienen las dinámicas emocionales negativas y, en suma, proponen prácticas y procesos dinámicos para ayudar a la sanación y a la búsqueda de la felicidad de los seres humanos. Estas perspectivas ostentan además una profunda sensibilidad hacia lo colectivo y la construcción de la comunidad política, asumiendo que la responsabilidad primigenia consiste en sanar al propio ser previo a ocupar la responsabilidad de la vida en común y el servicio a los otros.

Cabe destacar que en este artículo no se está proponiendo desterrar los conocimientos ilustrados que han forjado la civilización contemporánea, pero sí matizar, equilibrar e integrar en la universidad otros saberes, otras prácticas educativas y otras cosmovisiones que pueden dar una mejor respuesta a la búsqueda del sentido de la vida, así como imaginar prácticas espirituales y colectivas que puedan dar respuesta a la crisis multidimensional que el paradigma de desarrollo occidental ha generado.

**Integrar el amor, la compasión, la contemplación
y la cooperación como herramientas
para otra educación posible**

Para terminar este trabajo, quisiera destacar una última dimensión que parece pertinente al momento de abordar la educación como una herramienta para la emancipación y la construcción de otro mundo posible. Y esta tiene que ver con la búsqueda del ser de un camino de sentido para su vida y la creación de dinámicas de sanación para los seres humanos.

Como plantean el budismo y otra serie de prácticas espirituales, la mayoría de los seres experimentamos en este mundo un profundo sufrimiento, que se genera especialmente en nuestra niñez. La sociedad nos enseña sistemáticamente a reprimir y eludir esas heridas primigenias, buscando salidas externas para alcanzar la felicidad, como son el consumo, el estatus, el éxito económico o la excelencia física. De esta manera, la sociedad occidental niega e invisibiliza elementos básicos de la condición humana, como es el sufrimiento, el dolor, la impermanencia de la vida y el hecho certero de la muerte; como reverso de esta realidad, tampoco incorporamos a nuestras preocupaciones diarias la importancia de la sanación, el autoconocimiento, el amor, la compasión, la contemplación y la práctica espiritual.

Y es en este punto cuando cabe preguntarse cuál es la función de la universidad, de la educación y de los espacios pedagógicos en el mundo del Antropoceno, que se encamina hacia una crisis política, social y ecológica disruptiva en nuestra historia. A diferencia de las hegemonías dominantes, creo que es hora de cambiar profundamente el paradigma educativo para brindar herramientas que permitan a los seres avanzar en el propio camino espiritual y ético, creando espacios seguros de contemplación y amor para transformar estas dinámicas competitivas, productivas y violentas en procesos de emancipación, armonía y paz. Un espacio educativo que, además, nos conecte con la esencia de la vida y la importancia de la comunidad y el bienestar colectivo, tejiendo redes de compasión y solidaridad para construir sociedades más justas y protectoras de todas las vidas que habitan este planeta.

A modo de conclusión, quisiera destacar que, como profesora de universidad, soy perfectamente consciente de que el paradigma propuesto en este trabajo se encuentra radicalmente fuera

La sociedad nos enseña sistemáticamente a reprimir y eludir esas heridas primigenias, buscando salidas externas para alcanzar la felicidad, como son el consumo, el estatus, el éxito económico o la excelencia física. De esta manera, la sociedad occidental niega e invisibiliza elementos básicos de la condición humana, como es el sufrimiento, el dolor, la impermanencia de la vida y el hecho certero de la muerte; como reverso de esta realidad, tampoco incorporamos a nuestras preocupaciones diarias la importancia de la sanación, el autoconocimiento, el amor, la compasión, la contemplación y la práctica espiritual.

de cualquier propuesta académica. Sin embargo, creo que necesitamos dar respuesta a esta crisis, que no es otra cosa que la expresión material de una intersubjetividad violenta, antropocéntrica y patriarcal que genera sufrimiento, desconexión y ansiedad en todos los seres que formamos parte de este sistema. Es necesario avanzar hacia una consciencia más humana, amorosa y consciente, y para ello, un nuevo paradigma educativo es necesario para generar espacios compasivos con la vida y transformar nuestro mundo. ■

Bibliografía

- De Sousa Santos, Boaventura (2010): *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Naranjo, Claudio (2013): *Cambiar la educación para cambiar el mundo*. Barcelona: La Llave Ediciones.